

tus costumbres? ¿Aquellos hombres débiles que han perecido tantas veces á tu vista y cuya flaqueza tanto lisonjaba á tu vanidad; aquellos infelices criados, delante de los cuales te presentabas sin precaucion, ó á quienes empleabas en unos cuidados de tu cuerpo, de los que nunca salia entera su inocencia? ¡Qué delitos estos! ¡y con todo eso, ni aun escrúpulo hacemos de ellos!

Finalmente, sois hombre de república; ¿qué desgracias no han ocasionado á los pueblos vuestra inaccion, vuestra flaqueza, vuestra complacencia, vuestra obstinacion, y aun acaso vuestros particulares intereses? ¿á cuántos malos protegísteis? ¿á cuántas personas honradas despreciásteis? ¿á cuántos inocentes oprimísteis? ¿á cuántas violencias é injusticias ha servido de pretextó vuestro nombre por la excesiva confianza con que os habeis entregado á unos subalternos inicuos y corrompidos? ¿de qué infinidad de delitos, que nacen unos de otros, no habeis sido causa, los que os ha de imputar el mismo Dios? Sondead ese abismo si podeis; ¡y con todo eso, ni siquiera le mirais!

Estos son los ciegos que están echados sobre la orilla de la Piscina, los que no curó el Salvador: *Multitudo magna cæcorum*. Por eso nos admiramos todos los dias de que unas personas que viven en aquel género de mundo que condena Jesucristo, en la ociosidad de las conversaciones y en los peligros de las concurrencias, en los deleites del juego y de los espectáculos, en la vanidad é indecencia de los adornos, en los movimientos de la ambicion y en las locuras de las concurrencias, en la sensualidad y muchas veces en el exceso de los banquetes; nos admiramos de que estas personas no tengan casi nada que decirnos cuando vienen al tribunal de la confesion á manifestarnos las llagas de su conciencia; que les cueste trabajo el hallar de qué acusar

se, y que reduzcan la relacion de un año entero de vida mundana á tan corto espacio de tiempo, que apenas bastaria para referir las culpas que han cometido en un solo dia. Nos admiramos, vuelvo á decir, cuando al mismo tiempo una alma justa repasa á nuestros piés, en la amargura de su corazon, algunas leves imperfecciones que la aumenta su piedad; descubre, aun en sus virtudes, materia de acusacion y penitencia; nunca acaba de referir sus flaquezas; la parece que los movimientos involuntarios de la naturaleza son actos libres de la voluntad; la parece ver en unos movimientos que empiezan á nacer, toda la vergüenza del consentimiento, y no ve en el repentino sacrificio que ella hizo, todo el mérito de una fiel resistencia. Desconfía aun de las luces del sagrado director que la gobierna y asegura; y como Pedro en el exceso de su oracion en Joppé, cree ver objetos inmundos y prohibidos por la ley, aun cuando un embajador celestial condena sus temores y le permite que use de ellos.

¿De qué proviene esta diferencia? De que el uno vela continuamente en guarda de su propio corazon, y el otro no se examina hasta que ha de ir á confesarse. El uno se juzga con las luces de la fe y el otro con las preocupaciones de su amor propio. Finalmente, el uno conoce todas sus obligaciones y las reflexiona; el otro no se examina mas que acerca de algunas obligaciones mas palpables y mas conocidas, de las que tambien ignora la extension y consecuencias. Por eso, ¡oh Dios mió! derramais vuestras luces sobre el justo y castigais los desórdenes del alma mundana, permitiendo que los ignore. Pero no solamente falta la luz necesaria á nuestro exámen, sino que tambien faltamos á la sinceridad en la manifestacion de nuestras culpas.

SEGUNDA PARTE.

Nada le cuesta al hombre mas repugnancia que el confesarse culpado. Como la soberbia es nuestra principal inclinacion, y por otra parte, el interior conocimiento de nuestras culpas no nos permite el ignorar que si nos manifestamos como en la realidad somos, merecemos el mayor desprecio, tenemos una grande inclinacion al disimulo en orden á lo que pasa en nuestro interior; toda nuestra vida es un continuo disfraz, en todas nuestras acciones fingimos lo que no somos, y nunca somos lo que manifestamos. Esta es la condicion del hombre. Como nació soberbio y miserable, no puede parecer grande sino mostrando lo que no es, y el disfraz es el único recurso de su vanidad.

Pero lo mas deplorable es que nuestra soberbia toma tambien parte en nuestras humillaciones, que la confesion de nuestros delitos es las mas veces un artificio culpable que los desfigura, y llevamos el disimulo hasta los mismos piés del tribunal terrible á donde vamos á manifestar los secretos de nuestras conciencias y á juzgarnos delante de Jesucristo. Esta es la segunda especie de pecadores, figurados en los cojos de nuestro Evangelio: *Multitudo magna claudorum*. Esto es, de aquellos pecadores que no caminan á Dios por el camino derecho, y que no llegan al sagrado baño de la penitencia con aquella rectitud y aquella sencillez de corazon que cura la herida descubriéndola. Confieso que se hallan pocas de aquellas almas infames y malditas de Dios, que deliberadamente vienen á mentir al Espíritu Santo, á ocultar al sacerdote los horrores de una conciencia corrompida, á insultar á la religion hasta en el

mismo lugar del arrepentimiento y de la misericordia, y á hacer del sacramento que nos absuelve, el mayor de todos sus delitos. Para unas almas de esta especie se necesitaba de rayos y no de instrucciones, ó no hablarlas sino como habló en otro tiempo San Pedro á Ananías y á Saffira que fueron el funesto ejemplar de los que vienen á los piés de los ministros á mentir al Espíritu Santo. Este género de disimulo supone una total extincion de la fe y del temor de Dios, de lo que pocas almas son capaces.

Pero hay otra especie de disimulo de que no se hace escrúpulo, que mezcla con la confesion del delito los artificios y disfraces de la soberbia, que no manifiesta del todo la conciencia y juzga haberla manifestado suficientemente, que descubre el pecado y oculta, por decirlo así, el pecador. Este defecto, pues, de rectitud y de sinceridad, tan frecuente en el tribunal de la penitencia, consiste ó en no usar de expresiones claras, ó en callar los motivos y principios de las acciones, ó en manifestar por la parte que nos es mas favorable aquellos puntos dudosos que admiten varios sentidos.

Dije ó en no usar de expresiones claras: sí, católicos, el primer cuidado de la mayor parte de los pecadores cuando se disponen á la penitencia, no es el conocer sus defectos, sino meditar en qué términos se los han de dar á conocer al sagrado ministro que los ha de oír. La cuidadosa disposicion de tales expresiones que suavicen el horror de sus delitos, es casi el único exámen y la única preparacion que precede á sus confesiones, y el hallarse dispuestos para recibir el sacramento, consiste precisamente en esta especie de pecadores, en haber hallado, despues de muy secretas pesquisas, aquel modo de confesarse culpados que dé menos á conocer sus faltas.

Lo primero, pasan rápidamente por las mas vergonzosas llagas de su alma, temiendo detener mucho en ellas la atención del ministro; encierran en una sola palabra las mas vergonzosas caídas, las refieren en unos intervalos tan felices, que se le escapan al sacerdote aun casi antes de que pueda conocerlas, y quedan muy contentos cuando han conseguido confesarle sus delitos, de modo que él quede ignorante de ellos.

En segundo lugar: callan unas circunstancias y unos incidentes aun mas vergonzosos que el mismo delito, y los que solamente pudieran dar á conocer todo el exceso de su corazón y toda la indignidad de su estado. No hablo aquí de aquellas circunstancias que mudan la naturaleza del pecado; hablo de las que le agravan y descubren toda la bajeza de nuestras inclinaciones y toda la vergüenza de nuestras flaquezas; los vergonzosos medios de que se valieron para inspirar una pasión, los pasos detenidos y otras tantas veces renovados, las elecciones indignas que solamente puede justificar el furor, los deseos de que se avergonzaban y que procuraban ocultarse aun á sí mismos; ¿y qué sé yo? suprimen todas aquellas circunstancias que los darian bien á conocer, y sustituyen con destreza á aquellos términos precisos que sugiere la simple verdad y con los que manifestarian su alma, unas expresiones vagas y generales, que aunque descubren sus acciones, no manifiestan su corazón.

En tercer lugar: nos acusamos de buena gana de ciertos defectos que nos son gloriosos segun el mundo, introducimos en la confesion de nuestras culpas la renerosidad de nuestro corazón, los talentos del cuerpo y del espíritu, los títulos del nacimiento, las utilidades del favor ó de la fortuna; mezclamos con destreza lo que nos ensalza á vista

de los hombres con lo que nos humilla delante de Dios, y casi sentimos mas vanidad en estas frívolas distinciones que no son nuestras, que confusión y dolor de los delitos que nos son propios.

Finalmente, por no descubrir toda la vergüenza de una larga y antigua costumbre, buscamos para cada confesion una nueva guia y un nuevo testigo de nuestras flaquezas, las contamos como culpas sucedidas despues de la última penitencia; no manifestamos mas que las extremidades y los mas nuevos progresos de la herida, no cuidamos de sondear toda su profundidad y manifestar la antigua corrupción; sepultamos lo pasado en un disimulado silencio, tememos que nos conozca demasiado el médico de nuestra alma; quitamos, como temblando, la mitad del velo que cubre los vergonzosos misterios; ocultamos con unas hojas, como el primer pecador, su vergüenza y su ignominia, y yendo á manifestarnos, conseguimos el no ser conocidos.

Pues, católicos, además de que el lenguaje del dolor es un estilo humilde, sencillo, natural y sincero, además de que una alma verdaderamente movida no sabe disimular sus faltas ni excusarse de ellas y que el confesarlas con estos rodeos y disimulos, es confesar solamente que no nos arrepentimos; además de esto, si esta confesion se hiciera á los hombres que no ven lo íntimo del corazón, y solamente á ellos manifestaseis vuestras conciencias, pudiérais sacar por fruto de vuestro disímulo y de vuestros artificios el haberos ocultado á vuestro juez; pero venís á hablar con Jesucristo que os conoce, que ha sido invisible testigo de toda la historia secreta de vuestra vida, que lee en vuestro corazón, como en un libro abierto, lo mas vergonzoso que ocultais en él, y que al mismo tiempo que vosotros procurais con vuestros disfraces ocultaros á su vista, está insul-

tando á los ridículos esfuerzos de vuestra vergüenza, y os dice, como en otro tiempo un profeta á aquella reina de Israel, que disfrazada con vestidos ajenos creyó poder ser desconocida del hombre de Dios, y engañar la luz del ministerio profético. *Quare aliam te esse simulas?*¹ ¡Oh alma tan indigna de mi vista! preséntate como en la realidad eres y como yo te conozco: no eres tú lo que pareces por esas exterioridades con que te disfrazas; quita la máscara á ese corazón, cuya miseria estoy yo viendo; manifiesta esas obras de tinieblas del mismo modo que mi vista las ha iluminado en tu interior; destruye todo ese estudiado aparato que engaña á los hombres, pero no puede engañar al que penetra los corazones. *Quare aliam te esse simulas?* ¡Qué necio eres en creer que unos lienzos delgados pueden ocultar tu vergüenza á la vista de aquel que penetra hasta los mas profundos abismos; aun mas necio eres en ocultar la antigüedad y corrupcion de tus males á aquel Señor de quien solamente puedes alcanzar la libertad! *Quare aliam te esse simulas?* Primer defecto de sinceridad, que consiste en no usar de expresiones claras.

El segundo se halla en los motivos y en los principios de las acciones, á los que nunca llegamos. Y á la verdad, como la disposicion del corazón es la que decide de nuestras obras, debemos examinarla para conocer el mérito ó demérito de ellas. Del tesoro de nuestro corazón, dice Jesucristo, se saca la realidad, tanto de nuestras virtudes como de nuestros vicios; allí están nuestras acciones como son en sí mismas y á la vista de Dios; y así debemos considerar todo lo que hacemos segun el motivo porque lo hacemos, y pesar todas nuestras acciones dentro de nuestro co-

¹ Reg. 14. v. 6.

razon. Esthér es inocente, aunque en los dias solemnes se pone los mas ricos ornamentos de su dignidad real, porque esta vana pompa la molestaba, y su corazón era sencillo y sincero. Jezabel es delincuente cuando se deja ver rodeada de fausto en las ventanas de su palacio de Samaria, porque aunque era el mismo el cuidado del adorno, ocultaba muy distintos deseos. Salomon no desmerece los favores del cielo por exponer toda la gloria y magnificencia que le rodea á vista de una reina extranjera, porque en el esplendor y abundancia de su reino no contemplaba mas que la proteccion y beneficios del Dios de sus padres. Ezequías provoca la indignacion del Señor sobre toda su posteridad, por descubrir con complacencia á los embajadores de Babilonia los tesoros del templo y las riquezas de su palacio, porque su corazón se ensoberbecia con esta prosperidad; ponía en ellas una vana confianza y fundaba en ellas mas que en los socorros del cielo la seguridad de Jerusalem y la esperanza de sus victorias. El corazón, pues, es el que decide de todo el hombre; pero este mismo corazón es el que nunca descubrimos en el tribunal de la penitencia; decimos las acciones pero no sus motivos, referimos los pecados pero no manifestamos la conciencia.

Y así, os acusais de que habeis hablado mal de vuestro prójimo, pero no decís que todo su pecado para con vosotros consiste en sus talentos, en su reputacion ó en su fortuna; que siempre habeis sido envidiosos, que todo lo que os hace sombra ofende á vuestra soberbia, y que este es el motivo de vuestras censuras, de vuestros enfados y de las sátiras que haceis contra aquellos de quienes no gustais porque son mucho mas que vosotros.

Nos contais vuestros excesos y vuestras antipatías contra aquella persona á quien estais unidos con un sagrado

lazo; pero no decís que son unas aficiones frívolas y extrañas las que os inspiran ese mal humor, que estais sosegado en los excesos de los placeres é insufrible en la tranquilidad de vuestra casa, y que vuestro corazon, demasíadamente entregado al mundo y á las diversiones, no puede entregarse á la obligacion.

Os confesais culpables de algunos deseos de agradar, pero no decís que toda vuestra atencion y cuidado y todos los pasos que dáis no tienen mas fin que el de inspirar la infame pasion á un objeto por quien interiormente está ya apasionado vuestro corazon; que este veneno se derrama en todas vuestras acciones, y que todo lo que haceis está contaminado con esta intencion.

Finalmente, nos manifestais aquellos secretos combates que pasan entre la flaqueza de vuestra carne y vuestro corazon, y aquellos movimientos dudosos de la ley de los miembros en que tanto trabajo cuesta, aun á vosotros mismos, el distinguir de qué parte ha estado la victoria: ¿pero acaso decís que amais todo lo que aviva y enciende aquella funesta pasion? ¿que vivís entre las ocasiones que la despiertan? ¿que fué como la primer herida de vuestro corazon y el primer escollo de vuestra conciencia? ¿que todas las infidelidades de vuestra vida han tenido su origen de esta fatal inclinacion, y que ella es el fundamento y el alma de todas vuestras costumbres?

Y así, concluida la confesion de vuestras culpas, ¿os conoce el confesor como vosotros os conoceis á vosotros mismos? ¿no se engañará en la idea que forma de vosotros? ¿ve acaso la raíz de vuestras pasiones y los motivos de vuestros sentimientos? ¿ve la ocasion y la temeridad de las tentaciones y peligros? ¿ve vuestra flaqueza en las recaidas y vuestras infidelidades en las resoluciones que mil veces

habeis violado? en una palabra, ¿os ve á vosotros en vosotros mismos?

¡Ah! casi siempre es necesario que el ministro de la confesion adivine el estado de vuestra alma; que se aproveche de algunas expresiones que se os escapan á pesar vuestro, para conocer vuestro corazon, y aclarar los misterios que le habeis ocultado; es necesario que solamente con veros, y sin que vosotros se lo digais, como hoy Jesucristo viendo al paralítico, conozca con las luces de su ministerio que vuestros males han echado profundas raíces y que ha mucho tiempo que vivís encenagados en las vergonzosas pasiones: *Hunc cum vidisset Jesus jacentem, et cognovisset quia jam multum tempus haberet.*¹ No os manifestais vosotros, sino que el sacerdote con los santos artificios de su caridad y con la piadosa experiencia de su celo, os descubre, y es preciso que el confesor cuide de que no le engañen, en un lugar donde solamente debiera estar ocupado en consolar vuestro dolor y enjugar vuestras lágrimas.

El último defecto de sinceridad se halla en las acciones dudosas, las que siempre exponemos á favor nuestro. Y á la verdad, como por una parte no queremos romper con las pasiones, y por otra queremos tener tranquila la conciencia, en este estado de infidelidad buscamos autoridades y sentencias á nuestro favor, y las exponemos de tal modo, que el ministro de Jesucristo no se atreve á condenarlas.

Por eso no queremos apartarnos de una ocasion de pecado ni romper una amistad que escandaliza. Exageramos lo imposible de este rompimiento, los inconvenientes que nacerian de él, los vínculos de la sangre, los intereses de la fortuna, las razones de la obligacion y de la cortesía

¹ Jeann. 5. v. 9.